

## Cuentos y cuentistas

### J. G. Ballard: la otra ciencia-ficción

**S**e me ocurrió visitar a Ballard luego que leí una entrevista que le hicieron acerca de los atentados terroristas de Julio del 2005 en Londres. Encontré brillantes sus reflexiones, de las mejores entre tantas interpretaciones oportunistas o ignorantes que nos han inundado. Dice Ballard: “Pienso que las bombas en esta ciudad reflejan la profunda desesperación que corroe al mundo musulmán. Quizá quienes dirigen estos ataques saben inconscientemente que el Islam es una religión que está muriendo y que está perdiendo la batalla contra el mundo moderno“. Y al dar su opinión sobre la psicología de los terroristas, desgarrados entre la tradición religiosa y el afán consumidor, Ballard manifiesta: “El aspecto relacionado con el show y los medios de comunicación no debe ignorarse. La noción de los 15 milisegundos de fama puede atraer a estos jóvenes... Volarse en pedazos con una bomba y matar a muchos inocentes en ese proceso es su manera de ser modernos”.

J.G. Ballard nació en Shangai en 1930 y fue testigo cuando niño de la invasión japonesa a China, que terminó con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Por ser ingleses, sus padres fueron confinados en un campo de concentración. Tan dura experiencia la puso en su conocida novela autobiográfica *El imperio del sol* (1984). La espeluznante novela *Crash* (1973) ya lo había revelado a un público amplio como un autor obsesionado con la violencia y el sexo. Esta novela trata brillantemente de personajes que buscan el placer erótico en la velocidad, las colisiones y el sufrimiento.

Pero los lectores de ciencia-ficción conocíamos a Ballard desde mucho antes de que aparecieran esos libros (y las discutibles películas que se basaron en ellos), colocándolo en el dominio público. Y ese conocimiento tuvo lugar gracias a una de las mejores colecciones del género que ha existido en el mundo castellano parlante: las Ediciones Minotauro, que se editaba en Buenos Aires desde los años 50 del siglo pasado, y que hizo conocer a grandes maestros de la época de oro de la ciencia-ficción como Ray Bradbury, Clifford Simak, John Wyndham, Richard Matheson, Olaf Stapledon, Theodore Sturgen y tantos otros. Pero Minotauro acogió también a los llamados autores de la “Nueva Ola” del género, como Michael Moorcock, Zenna Henderson, Philip K. Dick,

Ursula K. LeGuin y Brian Aldiss, sin olvidar por cierto a Gore Vidal o Kurt Vonnegut. *El mundo sumergido* (1962) fue la novela de Ballard que aportó en ese grupo selecto, de escritores más políticos, especulativos y agresivos que los anteriores; pero lo mejor de Ballard fueron las colecciones de cuentos de los años 60 que aparecieron en Minotauro: *Las voces del tiempo* (1962), *Bilenio* (1962), *Pasaporte a la eternidad* (1963), *Playa terminal* (1964) y *El hombre imposible* (1966). Algunos cuentos sueltos salieron en la revista Minotauro, del mismo sello argentino, que sacó 10 números, hoy día objetos de colección. *La exhibición de atrocidades* (1970) podría considerarse un volumen de cuentos o más bien una novela fragmentada. En 1971 vinieron más relatos en *Vermilion Sands*; en 1982 Ballard publicó otro volumen: *Mitos del futuro cercano*. Y ha seguido produciendo.



Los suyos son cuentos extraños. Sorpresivos, diferentes, únicos. Se ha dicho de todo de la literatura de Ballard: que es una ciencia-ficción de los espacios interiores y no de los planetas lejanos, que es una repetición continua de algunos temas obsesivos: los vehículos destruidos, las ciudades abandonadas, los campos desérticos, los cuerpos desmembrados, la destrucción ecológica, la paranoia, el uso y abuso de las drogas, la fascinación con la muerte y el sexo, las trampas de la tecnología, los planetas desolados por catástrofes... Sobre todo, cuando lo anterior se manifiesta en los comportamientos de personas y animales, en mutaciones horribles; o se traduce en paisajes mentales que tienen mucho que ver con el surrealismo. Se ha dicho por eso de la literatura de Ballard

que es una traducción literaria de las visiones de pintores como Delvaux, Max Ernst, Dalí o Tanguy.

El cuento “Las torres de observación”, por ejemplo, está montado sobre un paisaje digno de Magritte, con unas especies de chimeneas poliédricas que están suspendidas en el cielo, rematadas por unas casetas desde las cuales se vigila el comportamiento de los ciudadanos urbanos; casetas que son por lo demás reales y virtuales, excrescencias de una sociedad de la vigilancia y la locura cotidianas. El protagonista escruta desde su ventana ese paisaje de protuberancias verticales que se pierden en el horizonte, coronadas de nubes. Quiere saber con desesperación si son verdaderas o producto de su imaginación.

J.G Ballard es un autor cuya percepción o saboreo por parte del lector cambia a veces significativamente a medida que transcurre el tiempo, tema central de tantos relatos suyos. El género de la ciencia-ficción tiene a la vez un admirable carácter profético, premonitorio; pero también suele ser perecible, anticuado, cuando no erróneo o ridículo. Esta relectura me ha hecho ver cosas nuevas, revalorizar cuentos que hace varias décadas me proporcionaron menos placer, mientras otros que elevé a los altares, cayeron. Me impresionaron ahora, por ejemplo, los astronautas muertos que giran en órbita en dos de sus mejores relatos: “Problema de reingreso” y “La jaula de arena”; y cómo se constituyen en un mito que golpea el alma respectivamente de unos degradados indígenas amazónicos, así como de los sobrevivientes de una fantasmal ciudad ocupada por las dunas en Florida. Ballard nos hace pensar que tal vez así nacieron y murieron tantas religiones.



Cuentos clásicos suyos como “Bilenio” y Cronópolis” describen el universo concentracional de las grandes urbes y la falta de espacio vital, los excesos de la regulación, la violencia física y psíquica de los gobiernos totalitarios. Ballard es pesimista, sus mundos futuros son carentes de valores, destruidos, perversos. Entre tantos de estos cuentos suyos inquietantes, menciono cuatro, cuyos títulos son casi manifiestos: “El hombre sobrecargado”, “El hombre subliminal”, “El hombre imposible” y “El hombre iluminado”. El tiempo en “Zona de espera” y “La caja de arena”, la mente en “El último mundo del señor Goddard”, el mito extraterrestre en “Los cazadores de Venus”, se hallan entre mis predilectos y tratan de dimensiones que mueven al hombre hacia un futuro dudoso, insólito, inverosímil a veces, aunque invariablemente oscuro.

Ha escrito Humberto Eco<sup>1</sup> que los autores de ciencia-ficción son una mezcla entre científicos imprudentes y moralistas preocupados por el devenir de la humanidad, que buscan prevenirnos sobre futuros aterradoramente posibles. En este sentido Ballard es un visionario nada complaciente, que se mueve en el género sin ánimo de divertirnos o esperanzarnos, tal como lo hacen la “ópera espacial” o la utopía futurista; sino que busca más bien darnos una visión cruda de los horrores que vendrán... y que ya estamos viviendo.

*Bartolomé Leal*

---

<sup>1</sup> En *Los espejos y otros ensayos*, 1985.

## Despierta el mar (fragmento)

### Cuento de J.G. Ballard

–Vi el mar otra vez anoche –le dijo a su mujer a la hora del desayuno.

–Richard –dijo Miriam serenamente–, el mar más próximo está a miles de kilómetros. –Miró en silencio a su marido, un momento, hundiendo los dedos largos y blancos en el rizo negro que le caía sobre el cuello.– Ve a la calle y mira. No hay mar.

–Querida, lo vi.

–¡Richard!

Mason se incorporó y alzó los brazos lenta y deliberadamente.

–Miriam, sentí la espuma en las manos. Las olas rompían a mis pies. No era un sueño.

–No es posible. –Miriam se apoyaba en el marco de la puerta, como si quisiese cerrarle el paso a aquel extraño mundo nocturno que acechaba aún en las sombras del dormitorio. El largo pelo lustroso y negro que le enmarcaba la cara oval y la bata encarnada que se abría mostrando el cuello delgado y la piel blanca del pecho, le recordaban a Mason a una heroína prerrafaelista en una actitud arturiana.– Richard... Empiezo a tener miedo.

Mason sonrió, volvió los ojos hacia la ventana, y miró los techos distantes, sobre las copas de los árboles.

–No hay por qué preocuparse. Todo es muy simple. De noche escucho el ruido del mar que rompe en las calles, salgo, miro las olas a la luz de la luna, y me vuelvo a la cama. –Calló, con un rubor de fatiga en la cara. Alto y flaco, Mason convalecía aún de la enfermedad que lo había retenido en la casa durante seis meses.– Hay algo raro, sin embargo –concluyó–. El agua es notablemente luminosa, y sospecho que el índice de salinidad ha de ser muy elevado.

–Pero Richard... –Miriam miró alrededor, impotente, agotada por la calma de su marido. – No hay mar ahí. Está sólo en tu imaginación. Nadie lo ha visto.

Mason asintió, con las manos en los bolsillos.

–Quizá nadie lo ha oído hasta ahora.

Dejó el comedor y fue hacia su estudio. El sofá en que había dormido durante su enfermedad estaba todavía allí, al lado de la biblioteca. Mason se sentó y tomó de un estante un caracol grande, fosilizado. En el invierno, mientras había guardado cama, esa forma cónica que evocaba mares antiguos y playas sumergidas había sido para él una cornucopia insondable de imágenes hermosas y de sueños. Miró el caracol que tenía entre las manos –exquisito y ambiguo como el fragmento de una escultura griega descubierto en el lecho seco de un río– y se le ocurrió que era como una cápsula de tiempo, la condensación de otro universo, y casi llegaba a creer que el mar de medianoche que interrumpía su sueño había escapado del caracol el día en que él, en un momento de descuido, había roto una de las volutas...

**(Traducción de Aurora Bernárdez)**